



**Metrópolis, Provincia y Occidente: Ciencia,
ética y civilización en la obra de Oswald
Spengler 1880-1936**

Doctorando Leandro Assunção da Silva

Por: Leandro Assunção da Silva¹

“Un mundo artificial invade al mundo natural,
envenenándolo gradualmente.”

(Spengler)

Introducción²

Este ensayo versa sobre la problemática de los derechos humanos en una perspectiva de ética en la ciencia que debe presentarse como condición de posibilidad de ejercicio de una ciudadanía moderna, lo que implica la reflexión de un paradigma para la diversidad, que estimule la coexistencia no sólo entre las ideas sino también entre los hombres. Para ello, partimos de la problematización de ciudad y campo en la obra del filósofo alemán Oswald Spengler (1880-1936), para a partir de sus reflexiones y del análisis de éstas como el contexto en el cual se inserta ese autor, hacernos inferencias en la realidad cívica de los días de hoy, observando de qué manera la acción de los pensadores puede y debe, en nuestra concepción, tener un compromiso con el mejoramiento del mundo en que vivimos: a saber, a partir, en lo mínimo, de una producción textual que eduque para la vida en coexistencia pacífica y respetuosa,

¹ Leandro (Lelaine) Assunção da Silva: *Dada mi condición de transexual en pleno proceso de transición de género, no puedo renunciar a mi nombre masculino debido a cuestiones de puntuación curricular académica, así como no puedo renunciar a mi nombre social femenino, pues represente mi identidad de facto, de allí la necesidad de, tal como en mi propia vida, asumir la condición de ambigüedad de género también en nombre del nombre, fatalidad circunstancial, Amor Fati. O, como piensa el poeta y compositor brasileño Caetano Veloso: “Cada uno sabe el dolor y la delicia de ser lo que es...”* Leilane (Leandro) Assunção da Silva es una investigadora ligada al GRECOM (Grupo de Estudios de la Complejidad), así como al Núcleo Tirésias de Género, Diversidade Sexual y Derechos Humanos. Es historiadora por formación, pero actualmente cursa doctorado en ciencias sociales en la UFRN.

² Texto ganador del concurso de monografías en derechos humanos de la Universidad Federal de Río Grande del Norte (UFRN) categoría Pos-Graduación 2011.

principios básicos para el ejercicio pleno de una ciudadanía democrática.

“Es un nuevo mirar sobre el hombre, un nuevo mirar que va a inaugurar una nueva manera de coexistir” Boris Cyrulnik.

Desde que el “fenómeno urbano”³, tal como fue definido clásicamente por la Escuela de Chicago, se tornó imperativo de explicación sociológica de la ciudad, observamos una constante multiplicación y complejización de las posibilidades interpretativas respecto del espacio urbano. Aunque las ciudades son tan antiguas como las civilizaciones, data de por lo menos fines del siglo XVIII la emergencia de tipificación urbana tal como es hoy conocida. No casualmente, ese proceso se desarrolla en paralelo y gradualmente junto con la consolidación del sistema socioeconómico capitalista y burgués, lo que acabó por definir una nueva forma de vida y sociabilidad humanas, una forma específicamente urbana, la más distanciada posible de las condiciones “naturales” de vida. Pero incluso, la ciudad en ese contexto se convierte en un polo irradiador no solo de urbanismo como modo de vida, sino de todo un conjunto de prácticas y discursos de los más variados orígenes que pretenden, a partir de las ciudades, “civilizar el mundo”, como sugiere Louis Wirth (1979, p.97):

En ningún lugar del mundo la humanidad se alejó más de la naturaleza orgánica que bajo las condiciones de vida características de las grandes ciudades. (...) La característica marcante del modo

³ Siempre que aparezcan expresiones entre comillas el lector debe leerlas de tres maneras: 1) El uso clásico que es el de citar autores, 2) como una forma de relativizar o ironizar una expresión, 3) Una referencia a una expresión clásica, de época, o consagrada por algún autor de alcance “universal” (occidental). El lector conseguirá distinguir los tres usos a lo largo del texto.

de vida del hombre en la edad moderna es su concentración en agregados gigantescos en torno de los cuales está aglomerado un número menor de centros y de donde irradian las ideas y las prácticas que llamamos de civilización. (...) La influencia que las ciudades ejercen sobre la vida social del hombre es mayor de lo que podría indicar la proporción de la población urbana, pues la ciudad no solamente es, en grados siempre crecientes, la morada y el local de trabajo del hombre moderno, como el centro iniciador y controlador de la vida económica, política y cultural que atrajo las localidades más remotas del mundo para dentro de su órbita e interligó las diversas áreas, los diversos pueblos y las diversas actividades en un universo.

La constatación de Wirth, habla respecto a un problema central para muchos pensadores de cambio del siglo XIX para el XX: entender la sociabilidad urbana en gran medida como indicativo de ascensión, de un nuevo tipo mental de hombre, cuya concepción de mundo reposaría en un nuevo patrón de relaciones existenciales: utilitarismo, vulgarización y masificación, son sólo algunos de los términos utilizados por pensadores que ilustran una verdadera tradición crítica de la ciudad, tales como Charles Baudelaire (1821-1867), Jacob Burckhardt (1818-1897), Friedrich Nietzsche (1844-1900) y, finalmente, Oswald Spengler (1880-1936), para definir las características de ese “nuevo hombre”, o hombre metropolitano.

“Hereder” de esta tradición crítica, Spengler observaba asombrado lo que él definió en su lenguaje pesimista y trágico⁴ como proceso de

⁴ Para más información sobre clasificaciones lingüísticas aplicadas a las narrativas historiográficas,

sofocamiento del campo por la ciudad: el éxodo rural, tan característico de los procesos de urbanización-industrialización, es en su visión un gran problema a ser enfrentado por las civilizaciones, muy especialmente nuestra civilización occidental. Más allá de eso, los procesos técnicos/tecnológicos desarrollados en las grandes ciudades tomaron tales proporciones que amenazaban el propio equilibrio ecológico del planeta, y consecuentemente toda la vida rural que desarrolla una relación más directa con la “naturaleza”, como ya en los años treinta denunciaba Spengler (1993. p. 110):

La mecanización del mundo entró ya en una fase de tensión extremadamente peligrosa. La propia faz de la tierra, con sus plantas, sus animales y sus hombres, ya no es la misma. En escasas decenas de años, muchos de los grandes bosques desaparecerán, transformadas en papel de diario; se provocarán modificaciones climáticas que ponen en peligro la economía rural de poblaciones enteras. (...) Todos los seres orgánicos sucumben ante la creciente mecanización. Un mundo artificial invade al mundo natural, envenenándolo gradualmente.

En oposición a este mundo citadino e industrial que se consolidaba ante sus ojos, Spengler intenta proyectar la imagen de un mundo rural, natural, un mundo donde la vida⁵, la calidad de vida, y no el poder del

ver la teoría de los tropos de Hayden White. En: WHITE, Hayden. *Meta-historia: a imaginação histórica del siglo XIX*. São Paulo: EDUSP, 1995.

⁵ Herencia de la tradición del pensamiento romántico-nietzscheano para Spengler: la centralidad del concepto transcendente de vida, Ella y su voluntad titánica es que todo debe subordinarse, principalmente a la historia, exaltada por los primeros románticos como Herder, execrada por los tardíos como Nietzsche: “El exceso de historia avala y hace degenerar la vida, y esta degener-esencia acaba igualmente por colocar en peligro la propia

dinero, se colocaba como imperativo de las relaciones, tanto entre los hombres como entre éstos y la naturaleza y viceversa. En un esfuerzo inconsciente por detener la marcha de la historia, Spengler intenta congelar el tiempo de la evolución tecnológica de las industrias citadinas, buscando cristalizar una utopía espacial de la permanencia⁶. Constituyendo así una visión idílica, nostálgica de un mundo desaparecido. La verdad, como bien observó Raymond Williams (1989, p.57), se trata de un pasado inventado, que sirvió de bandera ideológica y soporte intelectual para posiciones políticas muchas veces peligrosas y reaccionarias:

El radicalismo retrospectivo, contrario a la crueldad y a la estrechez de la nueva orden fundamentada en el dinero (...) es usado para expresar sentimientos humanitarios, la mayoría de las veces asociados a un mundo que, por ser pre-capitalista, es irrecuperable. (...) Ese tipo de crítica del capitalismo envuelve valores sociales que, se llegan a tornar activos, inmediatamente acuden en defensa de ciertos tipos de orden, ciertas jerarquías sociales y estabildades morales, que tienen un sabor feudal, mas también una aplicación con temporánea más relevante y más peligrosa. Algunas de esas virtudes “rurales”, en los movimientos intelectuales del siglo XX, salen del campo y van a tornarse valores de una posición explícitamente reaccionaria: en defensa de los patrones tradicionales de propiedad, en el ataque a la democracia en nombre de la sangre y de la tierra.

historia.” En: Nietzsche, Friedrich. *Escritos sobre historia*. São Paulo: Loyola, 2005. p. 82.

⁶Tal como nos muestra Mannheim: “Siempre que una idea fue tachada de utópica, generalmente el autor deberá ser representante de una época que ya haya pasado.” En: Mannheim, Karl. *Ideología e utopia*. Rio de Janeiro: Zahar, 1976. p.227.

En los movimientos intelectuales de la Pos-I Guerra, notablemente en los románticos alemanes tardíos, esta idea de la valorización de la naturaleza aún era muy fuerte, principalmente porque era identificada como un lugar social superior: el mundo de la cultura (*Kultur*), de la vida “auténtica” y “originaria” del pueblo alemán. Ese presupuesto guió entonces un posicionamiento cada vez más radical de estos románticos de derecha que, valiéndose de la jerga del lenguaje trascendente de la vida, pretendían situarse incluso por sobre la razón⁷. Tales ideas transcendentales abrieron camino para la justificación teórica del uso de la fuerza para garantizar la preeminencia del mundo rural, de la cultura, de la “vida”. Consecuencia ideológica de una tradición de pensamiento que estaría “lejos de la inocencia política”, como constató Jeffrey Herf (1993, p.26-27):

Incluso admitiendo que el romanticismo alemán haya sido una tradición altamente ambigua, declarar su inocencia política sería violentar los hechos. Los aspectos más sombríos del romanticismo se revelarán en el modernismo reaccionario. (...) Los románticos de derecha se registraban en la corriente principal del nacionalismo alemán. Cuando celebraban la emoción, la pasión, la acción y la comunidad y criticaban la razón “sin alma”, se volcaban hacia el Estado como alternativa para el liberalismo político y la sociedad capitalista.

Tal posicionamiento fue un lugar-común para amplios sectores de la intelectualidad y

⁷La crítica romántica de la razón produce ciertamente algunos de los movimientos políticos más libertarios del siglo XIX como el socialismo y el anarquismo, pero, en el siglo XX, en la Alemania, el romanticismo político estaba mucho más asociado a los movimientos artístico-intelectuales de derecha.

los medios artísticos en la época correspondiente al período de vida de Spengler, segunda mitad del siglo XIX y primera del XX. El mundo idealizado de la *Kultur* significaba también una fuga para estos intelectuales, una posición relativamente cómoda para individuos que, o no conseguían, o no querían adaptarse a las nuevas condiciones socio-político-culturales de Alemania y de Europa en el contexto de la pos-guerra. Sea “ceguera” o irresponsabilidad política⁸, estos intelectuales se posicionarán de forma radical y visionaria en relación a la realidad que los cercaba.

La utopía social de un espacio idealizado representó un papel importante en la formulación teórica de las ideologías intelectuales de esta época. Spengler idealizó un espacio donde la ascendencia socio-político-cultural de su “grupo social” no hubiera sido avalada por el ritmo alucinante de las transformaciones socioeconómicas que se procesaban en la Europa del paso del siglo XIX al XX. Intelectuales como Spengler estaban insatisfechos con el decline acentuado de “su clase”, con la quiebra de la “estabilidad social”, y el paralelo ascenso

de la burguesía; sus valores, ideología¹⁰ y su contra-peso político, su “vulgaridad cultural y su pobreza intelectual” –que desde el punto de vista de Spengler, ciertamente– podría ser utilizada como factor de peso en el juego político, lo que, sin embargo, estaba totalmente fuera de cuestión: las masas¹¹, vistas como un mal inherente al triunfo de la burguesía, de sus valores y prácticas políticas y económicas, de forma gradual y continuada por el mundo occidental.

La Historia de la Ciudad:

Propuesta de un paradigma de la diversidad

Como consecuencia del avance de la industrialización y la urbanización resultantes de las dos revoluciones de fin del siglo XVIII (las Revoluciones Industrial y Francesa), durante el siglo XIX se observó la emergencia de una cultura racionalista y utilitaria, anclada en el sistema de la fábrica, que, como apuntó Lewis Mumford se constituyó en el patrón urbanístico de un nuevo y degradado espacio de sociabilidad humana: Coketown, la ciudad industrial, responsable del decremento, sin precedentes

⁸ Para Edgar Morin se trata de una cuestión de suma importancia que habla sobre la responsabilidad político-social del intelectual, del científico, una cuestión urgente: “La cuestión de responsabilidad del investigador ante la sociedad y, por tanto, una tragedia histórica, y su terrible atraso en relación a la urgencia la torna incluso más urgente.” (Morin, 1998, p. 121). Para Morin, la cuestión se vuelve mucho más grave en la medida en que la ciencia ignora la naturaleza del problema, pasando a lo largo de éste ya que: “Para que haya responsabilidad es preciso que haya un sujeto consciente; acontece que la visión científica clásica elimina la consciencia, elimina al sujeto.” (Morin, 1998, p.129). Un dato que no fue ignorado por Spengler que, en diversos pasajes, asume declaradamente su papel de sujeto de la historia, posicionándose políticamente en relación a la sociedad de su tiempo, asumiendo, por tanto, el ónus de tal posicionamiento.

⁹ En ese sentido, para nosotros parece saludar la visión conceptual de Karl Mannheim (1976, p. 111):

“Por estabilidad social no entendemos la ausencia de acontecimientos o el aseguramiento personal de los individuos, mas la relativa fijación de la estructura social total existente, que garantice la estabilidad de los valores y de las ideas dominantes”

¹⁰ En lo que se refiere al concepto de ideología, de entre tantos, me pareció más completa la definición de Hayden White (1995 p. 36-37): “Por ‘ideología’ entiendo un conjunto de prescripciones para la toma de posición en el mundo presente de la praxis social y de la actuación sobre él (sea para cambiar el mundo, sea para mantenerlo en el estado en que se encuentra).” Paréntesis del autor.

¹¹ Ortega Y Gasset (1883-1955) (1987, p. 59) observó asombrado el fenómeno y, sus palabras, son sintomáticas para comprender el posicionamiento que las élites conservadoras asumen en relación con las masas: “el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regir la sociedad, que decir que la Europa sufre ahora la más grave crisis que a los pueblos, naciones, culturas, cabe padecer (...) la rebelión de las masas.”

en la historia Occidental, tal vez mundial, respecto del patrón de organización y relación de los hombres con el espacio de la ciudad¹², interpretado y apropiado en un sentido instrumentalizante y de total des-respeto a la naturaleza y a la propia condición humana.¹³ Y no debe haber sido muy difícil para muchos pensadores asociar la decadencia con las condiciones de vida en ciudades como las descritas por Mumford (1998, p. 575):



La nueva especie de ciudad, un aglomerado humano fundido y desnaturalizado, adaptado no a las necesidades de la vida, sino a la mítica “lucha por la existencia”; un ambiente cuyo propio deterioro testimoniarba cuán impiadosa e intensa es aquella lucha. No

había lugar para la planeación en lo trazado de aquellas ciudades. El caos no precisa ser planeado.

El tema de la decadencia¹⁴ ya era discutido por intelectuales, artistas, estadistas y pensadores en general en Europa desde, por lo menos, mediados del siglo XIX. Se hablaba de la decadencia del arte, la cultura, la ciudad, la ciencia, pero generalmente como fenómenos aislados. El pionerismo de Spengler en teorización de la decadencia fue haber incorporado las nociones organicistas de Goethe, más la crítica cultural y científica de Nietzsche, junto a una posición políticamente reaccionaria e intelectualmente marginal para entender la historia como tragedia, la tragedia de la cultura occidental: su destino, entrar en decadencia. En esta perspectiva, el papel de la ciudad en el proceso de decadencia de Occidente es central en el pensamiento spengleriano, pues es una función de la ciudad en cuanto palco de la tragedia faustiana (occidental) en que se realiza lo que el autor llamó “Problema de la Civilización”:

La decadencia de Occidente, considerada sobreseprisma, significanadamásynadamenos que el problema de la Civilización. (...) Civilizaciones son los

¹² “Entre 1820 y 1900, la destrucción y desorden, dentro de las grandes ciudades, es semejante a aquel de un campo de batalla (...) En grado mayor o menor, todas las ciudades del mundo occidental fueron marcadas con las características arquitectónicas de Coketown. El industrialismo, la principal fuerza creadora del siglo XIX, produjo el más degradado ambiente urbano que el mundo jamás viera.” MUMFORD (1998, p. 568).

¹³ Como denunció Hannah Arendt (1995, p. 318): “Entre las principales características de la era moderna, desde su inicio hasta nuestro tiempo, encontramos las actitudes típicas do homo faber: la instrumentalización del mundo (...) la convicción de que cualquier asunto puede resolverse y cualquier motivación es reducida al principio de utilidad.”

¹⁴ Puntos de vista como este fueron adoptados por Nietzsche, Jacob Burkhardt, Baudelaire, entre otros. Lo que se muestra en ese posicionamiento es una solidaridad de “clase”, a la cual también se adhirió Spengler al comienzo del siglo XX. Para Hayden White, esta “afinidad electiva” (para usar una expresión de Goethe), remite al tipo de ideología que impregna las narrativas históricas de grupos historiográficos diferentes, como nos muestra White en una referencia a Mannheim: “En el entender de Mannheim, el problema de ‘progreso’ histórico es interpretado de maneras diferentes por las diversas ideologías. Lo que es ‘progreso’ para una, es ‘decadencia’ para otra, gozando la ‘época actual’ de un estatuto diferente, como un cénit o nadir de desarrollo, dependiendo del grado de alienación de una ideología dada.” (White, 1995 p.40).

estados extremos, más artificiosos que una especie superior de hombres es capaz de alcanzar. Son un término. Siguen al proceso creador como el producto creado, a la vida como a la muerte, a la evolución como a la rigidez, al campo y a la infancia de las almas como a la decrepitud espiritual y la metrópoli petrificada, petrificante. Representan un fin irrevocable, al cual siempre se llega, con absoluta necesidad. (Spengler, 1993, p.47)

Spengler nació en un período histórico que ya problematizaba, muchas veces negativamente, la relación con la ciudad, siendo fatalmente influenciado en formación de su visión negativa de metrópoli, por una visión de la ciudad como ambiente degradado y desvitalizante.¹⁵ En tal situación, la patria de Spengler –Alemania– podría ser considerada incluso más dramática en el período en cuestión, teniendo en cuenta el hecho de que la urbanización, como consecuencia del acelerado proceso de industrialización, había avanzado rápidamente en un recién unificado (1871) Segundo Reich alemán.¹⁶

Según Modris Eksteins, en 1871 Alemania contaba con ocho ciudades con más de 100 mil habitantes, en 1913 esas ciudades ya sumaban el significativo número de 48. Berlín, por ejemplo, había aumentado su

población de 657 mil habitantes en 1865 por más de dos millones en 1910. En términos totales, la población alemana, en el mismo período pasó de 49 a 65 millones de habitantes, mientras que comparativamente en el período correspondiente a la población de Gran-Bretaña pasaba de 38 a 45 millones y de Francia de 37 a 39 millones.¹⁷ Para Spengler, este acelerado y drástico proceso de urbanización tenía ruinosas consecuencias, pues, según él, a partir de una mirada comparativa, analógica¹⁸, dentro de la lógica del devenir histórico sobre el cual reposa su pensamiento, tal fenómeno sería el indicativo del amanecer de una nueva era citadina, decadente, posible de ser analizada a partir del acto poético prefigurativo de la imaginación¹⁹, cuando, posee el debido *bagage* de erudición, puede el pensador valerse de su intuición intelectual para proceder al descubrimiento del mundo real, no sólo el del pasado, o el del presente o el del futuro, también:

Las metrópolis de la civilización europea norteamericana no alcanzarán en absoluto el apogeo de su evolución. Preveo organismos urbanos de diez o veinte millones de habitantes, extendidos sobre

¹⁵ “En la década de 1880, el darwinismo social proporcionó la cobertura biológica para la teoría de la degeneración urbana hereditaria.” En: Bresciani, Maria Stella Martins. *Londres e Paris no século XIX: o espetáculo da pobreza*. São Paulo: Brasiliense, 1990. p. 31.

¹⁶ Hacen referencia a esta modernización tardía, sin embargo acelerada y autoritariamente conducida por el estado germánico y con franca participación burguesa comparada con la experiencia anglo-francesa: Peter Gay en “O Cultivo do ódio”, p. 38. Modris Eksteins “A sagração da primavera”, p. 96. y Jeffrey Herf “Modernismo reacionário”, p. 18.

¹⁷ Eksteins, Modris. *A sagração da primavera: a Grande Guerra e o nascimento da Era Moderna*. Rio de Janeiro: Rocco, 1991. p. 98.

¹⁸ “Las comparaciones podrían trazar buena suerte para el pensamiento histórico.” En: Spengler, Oswald (1973) *A decadência do Ocidente*, p.25.

¹⁹ Según Hayden White, este esfuerzo es fundante en la labor historiográfica, como también, le confiere su carácter poético: “A fin de imaginar “lo que realmente aconteció” en el pasado, debe primero el historiador prefigurar como objeto posible de conocimiento o conjunto completo de eventos referidos en los documentos. Este acto prefigurativo es poético, visto que es precognitivo y pre-crítico en la economía de la propia consciencia del historiador. Y también poético en la medida en que es constitutivo de la estructura cuya imagen será subsecuentemente formada en el modelo verbal ofrecido por el historiador como representación y explicación de aquello “que realmente aconteció” en el pasado. (White 1995, p. 45). Paréntesis del autor.

vastísimas áreas, con edificios, en comparación con los cuales los más gigantescos de la actualidad parecerán enanos, y con planos de tránsito que hoy en día se nos figurarían descabellados. (Spengler 1973, p.281)

Así, Spengler afirma que tal proceso histórico de concentración de los hombres en grandes aglomerados urbanos, recipientes de una cultura vulgar y decadente, anclada en el sistema del dinero no es un fenómeno exclusivo de la cultura Occidental. La situación de degeneración generalizada en los grandes centros urbano-industriales era tal que llevó al autor a lanzar miradas comparativas entre la metrópoli Occidental y la urbe Antigua, ya que ésta nos ofrece, según el autor, el más perfecto (incluso porque acabado) espectáculo de urbanismo como decadencia, en la medida en que las ciudades, las metrópolis de las fases tardías de las Civilizaciones²⁰, se presentan como mero aglomerado de una masa humana miserable, culturalmente vulgar y políticamente alienada:

Símbolo de primer grandeza es para mí el siguiente hecho: en Roma, donde Crasso, el triunviro, monopoliza la especulación, vegetaba aquel mismo pueblo romano ante el cual estremecían sus tierras remotas, galos, griegos, partas, sirios; vegetaba, digo, en pavorosa miseria, abrigado en albergues de muchos pisos erguidos en suburbios oscuros (...) En Roma de Bizancio, fueron construidas casas de arrendamiento, de seis a diez pisos, en calles de, máximo, tres metros

de largo. Como no hubiese reglamentos de urbanización, frecuentemente se desmoronaban, enterrando a los moradores. Buena parte de los *civis romani*, para los cuales la vida se reducía a *panem et circenses* (pan y circo), poseía apenas un lugarcito donde colocar una cama, en esas *insulae* (bloques de vivienda, alquiladas, de varios pisos) pululantes como hormigueros. (Spengler, 1973, p. 49)

Según Carl E. Schorske en el ensayo *La idea de ciudad en el pensamiento europeo: de Voltaire a Spengler*, es desde el fin del siglo XVIII que la ciudad es un tema central en el discurso de los intelectuales y artistas europeos. Primero, en el contexto de la filosofía de las Luces y guiado por los ideales de Civilización y Progreso, a partir de, según Schorske (2000, p. 54), “Tres hijos influyentes del Iluminismo –Voltaire, Adam Smith y Fichte– habían formulado la visión de la ciudad como virtud civilizada”. Después, en la segunda mitad del siglo XIX, bajo el signo del industrialismo y de la ciudad-fábrica, se operó una inversión: la ciudad como degeneración a partir del ejemplo de la mayor aglomeración metropolitana de Occidente, Londres, en el cambio de siglo ya contaba con más de 4 millones de habitantes, como apunta Stela Bresciani (1990, p. 28): “En las décadas finales del siglo, la opinión corriente acentúa el deterioro substancial de las condiciones de vida en los barrios pobres de Londres y la teoría de la degeneración urbana gana adeptos entre empresarios, científicos y administradores.” Por fin, al inicio del siglo XX, bajo la influencia de Baudelaire y Nietzsche, que colocó la ciudad como fatalidad del mundo moderno, y por tanto, más allá del bien y del mal, se da la síntesis que según Schorske (2000, p.70-71), fue

²⁰ En número de ocho: Semítica-antigua (sumerio-babilónica), Egipcia, China, Indiana, Mágica (islámica), Mexicana (maya-azteca), Apolínea (Antigua-Greco/romana) y Faustiana (Occidental), constituyen lo que Spengler llamó: “El Grupo de las Grandes Culturas”.

formulada plenamente en el pensamiento de Spengler, veamos:

La ciudad más allá del bien y del mal. Esa idea como su equivalente histórico, la ciudad como fatalidad –alcanzó su formulación teórica más plena en el pensamiento de Oswald Spengler (...)-. Para él, la ciudad era la agencia central civilizadora. Tal como Fichte consideraba: una creación original del pueblo. Tal como Verhaeren observó: ella absorbe la vida del campo. Aceptando los análisis psicológicos de Baudelaire, Rilke y Le Gallienne, consideraban la humanidad urbana neónomada, dependiente del espectáculo de la cena urbana siempre en transformación para llenar el vacío de una consciencia des-socializada y des-historizada. Con todas esas afinidades con sus predecesores, Spengler traía, por tanto, una diferencia esencial: transformaba todas las afirmativas de ellos en negaciones. Ese brillante historiador de la ciudad odiaba su objeto con la pasión amarga de los neo-arcaístas de fines de siglo, los derechistas anti-democráticos y frustrados”

Como indicó Schorske, Spengler odiaba la ciudad, no por lo que ella era “en sí”, al final, la ciudad es originalmente una creación del pueblo. El problema para el autor es la ciudad tardía, la gran ciudad industrial de las civilizaciones: la metrópoli, tal como viene siendo aquí descrita, como el lugar de los desarraigados (la masa y la burguesía), lugar de perversión y decadencia de los valores de la cultura que se ve sometida al imperativo vulgarizante de las masas²¹, abriendo camino para la

²¹ “Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene la osadía de afirmar

consolidación de una economía mercantilizada y especulativa, despreciada por ideólogos conservadores como Spengler, que, indudablemente está muy lejos de ver como problema las desigualdades sociales producidas por la riqueza y por el poder, él las asemeja ciertamente, pero a partir de otros principios: la sangre y la tierra, o sea: una distinción, una diferenciación clasista sin más, en el sentido del *status quo* anterior, donde una aristocracia rural domina el ejercicio de la política y encara las ciudades (incluso proporcionalmente pequeñas) como refugio de sus aventuras cortesanas. En este mundo rural las relaciones, tanto las de cambio como las interpersonales, reposan en una rígida jerarquía ancestral, y no en el superficialismo de las relaciones mercantilizadas, producto del imperio del dinero:

El dinero es, en último análisis, la forma de energía en la cual se concentran la voluntad de dominar, la capacidad de creación política, social, técnica, filosófica, y el anhelo de una existencia de gran envergadura. La Civilización caracteriza por tanto, una fase de la cultura en la cual la tradición y la personalidad ya perdieron su ascendencia inmediata y cualquier idea debe ser convertida mentalmente en dinero, para que sea posible realizarla. El dinero aspira a la movilización de todas las cosas. (Spengler,1973, p.432).

El problema, para Spengler y, para muchos otros pensadores y artistas conservadores de la época, no reside en el lucro, en la riqueza y en el poder por ella traído, sino en un nuevo tipo de capitalismo, más racionalista y utilitario, un sobrio capitalismo burgués. En palabras de Max Weber (1864-1920) “es el

el derecho de vulgaridad y lo impone por todas partes.” (ORTEGA Y GASSET, 1987, p. 67).

origen de ese sobrio capitalismo burgués, con su organización racional del trabajo (...) el origen de la clase burguesa Occidental y sus peculiaridades, un problema que con certeza está estrictamente ligado al del origen de la organización capitalista del trabajo”. (Weber, 2004, p. 28). Al final, la llegada de la burguesía al poder político se dio en Europa en el contexto de su afirmación, económica y revolucionaria, ante los Estados absolutistas, dinásticos, y, consecuentemente, aristocráticos. Lo que, para el autor, constituía una verdadera anomalía social. La burguesía no es clase, es resto, es pueblo, las únicas clases “verdaderas” son aquellas que tienen su origen en la tradición de sangre y de suelo (tierra), en suma: la nobleza dinástica europea, tanto en su vertiente sacra como en la laica, en otras palabras, aristocracia y clero, “clases primarias” fundadoras y proveedoras de la sociedad y del Estado, y que, históricamente, tienen sus bases en el campo agrario, no en la ciudad industrial:

Conducida por las ciudades, por tanto más nueva que éstas, surge la burguesía, el “tercer Estado”. (...) Menosprecia igualmente las dos clases primarias, “los aristócratas y los padrecos”, como algo intelectualmente inferior e históricamente atrasado. Pero, frente a las dos clases primarias, el burgués, tanto como los campesinos, es el resto, y no una clase. En el pensamiento de los “privilegiados”, el campesino casi “no cuenta”. El burgués “cuenta”, pero únicamente como el opuesto, el fondo, del cual se destacan las dos otras clases. La burguesía es aquello que proporciona a ambas la consciencia de su significado transcendente, que ultrapasa los límites de lo práctico. (Spengler, 1973, p. 382).²²

²² Paréntesis del autor.

Aquí, Spengler nos ofrece un nítido ejemplo de su determinada aversión por la burguesía, identificada por el autor como la responsable, la conductora de los procesos político-económicos de cambios que culminarán con su triunfo por todo el continente en el contexto de la paz de Versalles en 1918, cuando la burguesía alemana llegaba al poder instaurando la República de Weimar. Entre estos cambios, dos especialmente repugnaban profundamente a Spengler: el liberalismo económico que produjo el caótico y aglomerado ambiente metropolitano e industrial y la democracia parlamentarista, que consolidaba el control burgués sobre el Estado, bien como abría el precedente para algo incluso “peor” que los burgueses, que son también su espectro, mas tiene también su emergencia asociada a las condiciones políticas y económicas producidas por las prácticas y discursos burgueses: las masas.

A partir de un proceso gradual de educación nacionalista y eurocéntrica conducida por el Estado²³ y donde la historia tiene un papel fundamental como la “inventora de las tradiciones colectivas”, estas masas (urbanas) adquieren consciencia de su peso político, amenazando de esa forma al ya delicado equilibrio de fuerzas en el juego por el poder estatal. Este momento (para Spengler) caracteriza entonces una fase tardía, donde los rumbos del mundo no están más en las manos de hombres “capacitados” y seleccionados, y sí de una “masa informe”, apartada, hostil a la cultura letrada de las

²³ Como analizó Jeremy Black (2005, p. 101) al apuntar los objetivos patrióticos/cívicos de los Estados al manipular la historia: “El crecimiento de estados nacionales e imperios nacionales era tanto causa como consecuencia de mentalités que eran más enfocadas en la nación, y eso se extendía al pasado, pues las grandezas y pretensiones pasadas eran componentes cruciales de mitos nacionales, y la continuidad del presente y del pasado era acentuada.”

tradiciones simbólicas de posición y nacimiento, y ¿cómo es esto posible? Las grandes ciudades, las metrópolis Occidentales, donde están aglomerados estos “nuevos nómadas”, desarraigados de sus orígenes y sin perspectivas de futuro:

La Civilización lleva con ese concepto de pueblo el aniquilarlo por el concepto de cuarto Estado, de masa, adversa por principio a la Cultura y a sus formas naturalmente evolucionadas. La masa es lo absolutamente informe. Persigue con su odio cualquier especie de forma, cualesquier diferencia jerárquica, propiedad organizada, saber disciplinado. Es el nuevo nomadismo de las metrópolis (...) totalmente desprendido de sus orígenes, desdeñoso, en lo que se refiere al pasado, y desprovisto de futuro. Así, el cuarto Estado se torna en expresión de la historia que se transforma en algo obligatorio. La masa es el fin, es la nada radical. (Spengler, 1973, p.388)

Esta nueva y gran ciudad, la metrópoli, lugar de refugio de las masas, de los empresarios burgueses, de los desarraigados de los vínculos tradicionales con la tierra y la comunidad, errantes, nómadas como piensa Spengler, fue objeto de reflexión de otros importantes autores de la época. En los círculos de la ciencia, la sociología urbana de inicio del siglo produjo algunos estudios importantes sobre el fenómeno urbano como hoy es conocido. Entre los principales podemos citar: Georg Simmel (1858-1918), que publicaba en 1902 un artículo llamado *La metrópoli y la vida mental*, en el cual Simmel apunta ideas importantes y que, desde nuestro punto de vista, pueden haber ejercido una poderosa influencia sobre la formación del pensamiento spengleriano en lo que respecta al tipo mental metropolitano. En oposición al rural, el tipo de hombre

metropolitano se caracteriza por el individualismo, escepticismo, racionalismo e indiferencia, en suma, el habitante de la metrópoli constituye, gracias al desarrollo del capitalismo industrial y todas sus consecuencias, un nuevo tipo de hombre, sino desde su complexión física, sí desde el punto de vista mental o espiritual, para usar un equivalente spengleriano, como sugiere Simmel:

La metrópoli extrae del hombre, en cuanto criatura que procede a discriminaciones, una cantidad de consciencia diferente de la que la vida rural extrae. En ésta, el rito de vida y de conjunto sensorial de imágenes mentales fluye lentamente, de modo más habitual y más uniforme. Es precisamente en esta conexión que el carácter sofisticado de la vida psíquica metropolitana se torna comprensible –en cuanto oposición a la vida de pequeña ciudad, que descansa más sobre relaciones profundamente sentidas y emocionales– (...) El intelecto, entre tanto, se sitúa en las categorías transparentes, conscientes, más altas del psiquismo; y la más adaptable de nuestras fuerzas interiores (...) Así, el tipo metropolitano de hombre –que naturalmente existe en mil variantes individuales– desarrolla un órgano que lo protege de las corrientes y discrepancias amenazadoras de su ambientación externa (...) él reacciona con la cabeza, en lugar del corazón. (Simmel, 1987, p.12-13)

Lo que se opera es una profunda mudanza psíquica, a partir de la cual el individuo desarrolla la aptitud de vivir en un ambiente de hostilidad y transitoriedad, de múltiples temporalidades y pocas referencias espaciales ante la ruina de las referencias

tradicionales (aldeas²⁴, paisaje, comunidad) y del flujo continuo de novedades sensoriales y sensitivas producto del ambiente artificial producido por la cultura científica/tecnológica, y a la que están sujetos los individuos de tales ciudades que pasan por experiencias de acelerada modernización.²⁵



Para Spengler, la emergencia de esta nueva mentalidad, de este nuevo hombre, moderno,

individualista, racional, escéptico, tardío, en suma: civilizado, era el indicativo del agotamiento del alma faustiana, que herida de muerte, se convierte en esa fría indiferencia de tipo mental metropolitano, como sugiere Simmel. El intelecto del hombre asume la condición de responsable por la decadencia de la cultura en sus formas “naturalmente evolucionadas”:

La metrópoli no presupone un pueblo, sino una masa. La aversión de esa masa a algunas tradiciones en las cuales ella hostiliza la propia cultura (la Nobleza, la Iglesia, los privilegios, la dinastía, las convenciones artísticas, los límites del conocimiento científico), su inteligencia sagaz, fría, muy superior a la seriedad del aldeano; su naturalismo que toma rumbos diferentes a retirarse a los instintos de hombre primitivo, en lo que se refiere a cualquier tema sexual o social: *o panen et circenses*, resucitado en la época actual bajo el disfraz de colectivos de trabajo y campos de deporte –todo esto en confrontación con la cultura definitivamente concluida con la “Provincia”–, caracteriza muy bien una fase nueva, tardía, de la existencia humana, fase desprovista de futuro, sin embargo inevitable. (Spengler, 1973, p.48)

²⁴ Al reflexionar sobre la modernización capitalista, utilizando el clásico ejemplo inglés, Marx denunció sus métodos expoliativos y excluyentes: “Para ilustrar el método dominante del siglo XIX, basta citar las ‘limpiezas’ llevadas a cabo por la duquesa de Sutherland. Económicamente instruida, resolvió asumir la dirección de sus dominios, emprender una cura radical, transformando en pastoreo de ovejas todo el condado cuya población ya fuera reducida antes, por procesos semejantes, a cerca de 15.000 habitantes. De 1814 a 1820, de esos 15.000 habitantes, cerca de 3.000 familias, fueron sistemáticamente repelidas y expulsadas. Todas sus aldeas fueron destruidas y reducidas a cenizas, todos sus cultivos convertidos en pastos. (...) Así, se posesionó esa aristocracia de 794.000 acres de tierra que pertenecía al clan desde tiempos inmemoriales.” En: Marx, Karl. *O capital*, 1975, p. 846-847. Incluso tenía visiones radicalmente diferentes del mundo y de la historia, Marx y Spengler concuerdan que el proceso de avance y consolidación del capitalismo fue extremadamente cruel y destructivo para las poblaciones campesinas.

²⁵ David Harvey (1992, p. 199) teórico marxista contemporáneo al reflexionar sobre la modernización de Europa en el cambio del siglo XIX al XX afirmó: “La modernización envuelve la disrupción perpetua de los ritmos espaciales y temporales y, el modernismo, tiene como una de sus misiones la producción de nuevos sentidos para el espacio y tiempo en un mundo efímero y de fragmentación.”

Bibliografía y otras fuentes

- Arendt, Hannah (1995) *A condición humana*. Río de Janeiro: Forense Universitaria.
- _____ (1989) *Orígenes do totalitarismo: anti-semitismo, imperialismo, totalitarismo*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Black, Jeremy (2005) *Mapas e historia: construindo imagen|s do passado*. Bauru: EDUSC.

Bresciani Maria Stela Martins (1990). **Londres e Paris no século XIX: o espetáculo da pobreza**. São Paulo: Brasiliense.

Cyrułnik, Boris (2004) **O Homem e a Ciência e a Sociedade**. Lisboa: Instituto Piaget.

_____ (1993) **Memória de macaco e palavras de homem**. Lisboa: Instituto Piaget.

Eksteins, Modris (1991) **A sagração da primavera: a Grande Guerra e o nascimento da Era Moderna**. Rio de Janeiro: Rocco.

Harvey, David (1992) **Condição pós-moderna**. São Paulo: Loyola, 1992.

Herf, Jeffrey (1993) **O modernismo reacionário: tecnologia, cultura e política na república de Weimar e no 3º Reich**. São Paulo: Ensaio.

Mannheim, Karl (1976) **Ideologia e utopia**. Rio de Janeiro: Zahar.

MARX, Karl. **O capital** (1975) Tomo I. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

_____ e ENGELS Friedrich (2002) **Manifesto do partido comunista**. Porto Alegre: L & PM.

MORIN, Edgar (1998) **Ciência com consciência**. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.

Mumford, Lewis (1998) **A cidade na história: sus origens, transformações e perspectivas**. São Paulo: Martins Fontes.

Nietzsche, Friedrich (2005) **Escritos sobre história**. São Paulo: Loyola.

_____ (2008) **Ecce hommo: como cheguei a ser o que sou**. São Paulo: Companhia das Letras.

Ortega y Gasset, Jose (1987) **A rebelião das massas**. São Paulo: Martins Fontes.

Schorske, Carl (2000) **Pensando com a história: indagações na passagem para o Modernismo**. São Paulo: Companhia das Letras.

Simmel, Geog. (1987) **A metrópole e a vida mental**. En: Velho, Otávio G. (Org.) **O fenômeno Urbano**. Rio de Janeiro.

Spengler, Oswald (1973) **A decadência do Ocidente: esboço de uma morfologia da História Universal**. Rio de Janeiro: Zahar, 1973.

_____ (1941) **Anos de decisão. A Alemanha e a evolução histórico-mundial**. Porto Alegre: Meridiano.

_____ (1993) **O Homem e a Técnica**. Lisboa: Guimarães Editores.

Weber, Max (2004) **A ética protestante e o espírito do capitalismo**. São Paulo: Companhia das Letras.

White, Hayden (1995) **Meta-história: a imaginação histórica do século XIX**. São Paulo: EDUSP.

Williams, Raymond (1989) **O campo e a cidade: na história e na literatura**. São Paulo: Companhia das Letras.

Wirth, Louis (1979) **O urbanismo como modo de vida**. (In): **O fenômeno urbano**. Rio de Janeiro: Zahar.

